

# Manuel Soriano

## Nueve formas de caer

Tres

Las luces del pasillo se apagan y el ómnibus queda en penumbras, iluminado apenas por los destellos de cuatro pantallas digitales que muestran el inicio de una película producida por Disney en la que se anuncia la actuación de Kevin Costner y una larga lista de desconocidos con nombres hispanos. Nuestro hijo duerme, atravesado sobre la falda de mi mujer y la mía, cubierto por una manta acrílica amarilla con imágenes de dinosaurios. A mi mujer le tocó la peor parte: tiene que aguantar el peso del torso y sostener la cabeza del nene con el brazo para que no le cuelgue como a un muñeco de trapo. Yo me limito a pasar mis brazos por encima de sus rodillas y sujetarlas como si eso bastara para protegerlo en caso de un accidente. Quien lo ve desde afuera, por ejemplo esta señora que se acerca por el pasillo en dirección al baño, puede pensar que es una imagen adorable, la familia unida en dos asientos reclinables, pero lo cierto es que faltan quince horas para llegar a destino, quince horas para que termine nuestro último viaje familiar, y mi mujer me dice que el brazo se le está acalambando, que tendríamos que haberle sacado un pasaje propio al nene, y que Kevin Costner está viejo y la película tiene los subtítulos en portugués.

—Se entiende igual —digo.

—La chota, se entiende.

Y aunque sé que tengo razón, y que ella es capaz de entender el portugués escrito de una película producida por Disney en la que Kevin Costner, al parecer, será profesor de educación física en un colegio de mexicanos,

prefiero no responder nada porque la decisión de comprar solo dos asientos fue mía, o al menos ella cree que fue mía, cosa que es cierta, aunque también, secretamente, le asigno parte de la culpa al vendedor de boletos, porque cuando le dije que el nene tenía cuatro años y medio me respondió que hasta los cinco pueden viajar gratis sin derecho a asiento; el verano que viene va a tener que pagar, agregó, y esas palabras, la forma exacta en la que armó la oración, terminó por convencerme. A la ida, el truco había salido bien porque el ómnibus venía casi vacío, pude mudarme de lugar y viajamos cómodos los tres, con la satisfacción adicional de estar usando más de lo que habíamos pagado, pero ahora no quedaba ni un lugar vacío, lo verifiqué apenas llegamos y luego le pregunté al azafato que nos dio la bienvenida a bordo.

Con un par de escenas puedo darme cuenta del tipo de película que vamos a ver: Kevin Costner, un entrenador desencantado, acepta un trabajo en un colegio cerca de la frontera con México, en un pueblo muy pobre, puede ser de California o Arizona, habitado en su mayoría por mexicanos o hijos de mexicanos. Al principio no le gusta el trabajo ni el lugar ni que su familia tenga que vivir ahí, luego, en un tiempo que en la película dura siete minutos, empieza a conectar con el pueblo y su gente: nota que los padres llevan a sus hijos a recolectar frutas después del colegio, nota que algunos de sus alumnos, templados por el trabajo del campo, tienen un estado físico fuera de lo común, y en este momento, mientras Kevin Costner maneja una camioneta por un camino de tierra, ve a un muchacho que atraviesa el desierto a las corridas, levantando polvo a cada pisada, a una velocidad casi sobrenatural.

Lo cierto es que no podría pedir una película mejor para este momento: seguramente Kevin Costner va a entrenar a esos muchachos hasta convertirlos en los mejores atletas del país, más rápidos que los atletas rubios

de los colegios ricos, y de esa manera demostrará a sus alumnos que pueden lograr cualquier cosa que se propongan, aunque no le será fácil, por supuesto, primero tendrá que ganarse la confianza de los mexicanos, tendrá que demostrarles que él también puede hundir sus manos en el barro, y al hacerlo, en ese intercambio, Kevin Costner terminará por recibir una lección que marcará su vida para siempre. Las épicas deportivas, no hay ningún otro tipo de película que me haga llorar: pobres, negros, nerds, gordos, judíos, viejos, putos, enfermos, cualquiera que empiece desde abajo y termine convenciendo a sus detractores en un momento de gloria deportiva, todo eso me conmueve, cuanto más se respeten los lugares comunes del género más me conmueve, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Estoy seguro de que esta película logrará emocionarme y esa certeza me llena de felicidad, pero pocos minutos después de la escena del corredor sobrenatural, las cuatro pantallas digitales quedan en negro y el ómnibus se hunde en una oscuridad tan terrible y completa que me abrazo a las rodillas de mi hijo y las aprieto con fuerza contra mi pecho.

Las pantallas no vuelven a encenderse y a nadie parece importarle. La mayoría duerme, o intenta dormir. Mi mujer también duerme, al menos tiene los ojos cerrados. No hay derecho, pienso, y logro pararme y acomodar las piernas de mi hijo sobre el asiento. Cruzo por encima de mi mujer hasta llegar al pasillo. Tiene que estar dormida porque si no abriría los ojos y me preguntaría qué estoy haciendo. Voy al baño y me bajo los pantalones. No tengo ganas de mear, apenas logro sacar unas gotitas. Tomo una pastilla verde y media pastilla color piel. En otro momento de mi vida hubiera encendido un cigarrillo y largado el humo por la ventanita de arriba, y todo eso me hubiera parecido normal. No hay derecho a que corten una película así.

Voy hasta la cabina delantera, toco la puerta de vidrio dos veces y luego dos veces más. Me abre el azafato. Por encima de su hombro puedo ver al chofer y la superficie negra y llana del camino.

—Se cortó la película —digo.

—Sí, se corta después da medianoite para que los pasajeros puedan dormir —dice.

—¿No pueden ponerla sin volumen?

—Disculpa, la gente quiere dormir —y esta vez, cuando dice la palabra dormir, junta las palmas de las manos y apoya su cabeza sobre el dorso de una de ellas.

—No pueden poner una película y cortarla a los veinte minutos. ¿Para qué la pusieron si sabían que a la medianoche la iban a tener que cortar?

El azafato se vuelve a disculpar y me dice que es la política de la empresa. Lo hace con una formalidad exagerada, de la misma manera en que nos había dado la bienvenida, con una cortesía que resulta sobreactuada en los aviones y directamente insoportable arriba de un ómnibus. Intenta cerrar la puerta pero la trabo con el pie.

—Poner una película y cortarla a los veinte minutos, ¿esa es la política de la empresa?

Puedo ver unas luces de frente, las luces altas y blancas de un camión, por un segundo imagino el choque, el sonido del metal contra el metal, y llevo la mano hasta el lóbulo de mi oreja izquierda, como hago cada vez que me siento en peligro. El chofer grita algo en portugués que no llego a entender, las luces pasan a nuestra izquierda y decido sacar el pie de la puerta y volver a mi asiento.

Pero hay un lugar libre, a mano derecha, a mitad de pasillo. No puedo creer que no lo haya visto antes. O quizá antes estaba ocupado y alguien se bajó cuando paramos a cargar nafta. No importa cuál haya sido el motivo, lo importante es que hay un asiento libre, tal como le había asegurado a mi mujer. Una muchacha,

debe tener entre veinticinco y treinta años, está sentada de manera oblicua, ocupando los dos asientos. Tiene auriculares puestos y los ojos cerrados. Es linda de cara, los labios llenos, los ojos (ahora los abre) marrones y sin maquillar. No puedo valorar su cuerpo porque esta tapada de las rodillas al mentón con un saco de lana pesado y oscuro.

No sé si hablarle en portugués o en español. No parece brasilera, aunque tiene esos aros largos y recargados. Le toco el hombro, me disculpo y le explico la situación en un español claro y pausado. Ella cierra los ojos y resopla. Recién cuando mueve su cuerpo hacia el asiento de la ventana puedo darme cuenta de que está embarazada.

Esto es lo que puedo saber de ella en esta media hora de viaje: es cordobesa pero vive en Brasil hace unos años. Está en el negocio de las telas. Dentro de tres meses parirá un niño o niña, no quiso saber el sexo. Sigue cubierta por el saco de lana pero se nota que no ha engordado más de la cuenta, se distingue una panza firme y redonda, sobre la que apoya una mano encima de la otra. Tiene un bolso de cuero antiguo sobre la falda, un bolso que parece haber heredado de alguna tía o abuela con plata. No le gusta el chocolate. No sabe quién es Kevin Costner, o al menos eso fue lo que dijo. No sé si creerle porque lo dijo con un orgullo exagerado, como si saber quién es Kevin Costner fuera la cosa más estúpida del mundo. Le nombré Danza con lobos y El guardaespaldas pero no sirvió de nada. Cuando habló de las telas dijo algo sobre la India y su cultura, y creo que negar a Kevin Costner puede ser una forma de negar lo occidental, una postura ética o estética que le sirve para aferrarse a la vida y cargarla de sentido.

Ahora cierra los ojos y puedo mirar directamente el perfil derecho de su cara. Se le notan las marcas de quien pasa mucho tiempo al sol. Tiene un lunar en el pómulo, el arco de la ceja pareciera apuntarle, un puntito marrón, sin relieve, como el de una actriz. La chica resopla y sin abrir los ojos se pone de costado, de cara a la ventana. Puedo verle la espalda y la parte de atrás de la cabeza, los cartílagos de la oreja derecha, el lóbulo fino atravesado por el metal de un aro que se va ensanchando en unas plumas verdes, azules y amarillas (imagino, porque la luz no alcanza a encender los colores) que evocan la cola de un pavo real. La canaleta de la nuca, pelusa, la curva del cuello, un triángulo de piel que podría acariciar con el dorso de la mano, o tapar con el sacón de lana o con una manta acrílica con imágenes de dinosaurios. Está abrazada al bolso de cuero pero no parece hacerlo por miedo a que le roben, por el contrario, parece ser ella quien busca seguridad en el objeto, y se aferra a este como lo hace mi hijo con su tigrecito de peluche cuando cierra los ojos y se prepara para el sueño.

Vuelve a resoplar y gira hacia mi lado sin soltar el bolso. Tengo que fijar la mirada en el asiento de adelante. De todas formas puedo notar que tiene los ojos cerrados. Me echo un poco hacia atrás y hacia el pasillo, hasta llegar a una posición que me permite al mismo tiempo verle la cara y la posibilidad de desviar la mirada hacia la ventana si ella abriera los ojos de repente. Puedo ver que el lunar no es un círculo perfecto sino que tiene una leve asimetría, una pancita en el lado interno que lo hace parecer un poroto. La falta de relieve es lo que lo hace hermoso, pienso, la sensación de poder borrarlo con la punta de la lengua. Algo me dice que no está durmiendo a pesar de tener los ojos cerrados. Guarda cierta tensión en su cuerpo, en las manos y en el ceño, como si me estuviera observando a través de los párpados.

Pienso que sería mejor dejar de mirarla, al menos de forma tan directa. Aunque fue ella quien propuso esta posición, con su cara aplastada contra la medianera imaginaria de los asientos. Si yo me pusiera como ella, si yo fuera acomodando mi cuerpo hasta que los dos formáramos una figura simétrica como una mancha de Rorschach, mi boca quedaría sobre la de ella o, mejor aún, a medio centímetro de distancia, sintiendo el peso de su respiración, y de la respiración de su hijo o hija aunque este todavía no respire.

—¿Me cambiás de asiento, por favor? —me dice.

Tardo en entender, ya que lo dijo en un intervalo brevísimo en el que no la estaba mirando.

—Sí, claro.

Me pongo de pie en el pasillo y confirmo que mi mujer está durmiendo, o que al menos tiene los ojos cerrados, y que mi hijo, aunque no llego a verlo, seguramente está durmiendo también. La chica embarazada se arrastra hasta el asiento del pasillo y encoje las piernas para que le pase por encima y me acomode del lado de la ventana. Ella ahora tiene los ojos abiertos y mira hacia adelante.

—¿Te cagué el viaje? —le digo.

Ella resopla y sonrío.

—¿Querés que vuelva a mi asiento? —le digo.

—Dejá. Ya no puedo dormir en el bondi.

—Yo tampoco.

—¿Querés que te cuente algo muy raro? —me dice y gira el cuerpo y la cara hacia mi lado.

La puedo mirar a los ojos y pienso que sí, que quiero más que nada en el mundo que me cuente algo muy raro, y aunque la luz no alcance a encender los colores puedo notar que sus ojos, que al principio parecían meramente marrones, en realidad tienen partículas verdes, grises y amarillas, y de otros matices más claros y más oscuros de marrón.

La protagonista de la historia rara es una muchacha cordobesa. Su familia tiene plata, ella termina el colegio, viaja por Europa, vuelve y empieza la universidad, primero derecho y luego sociología, hasta que deja todo y vuelve a viajar, esta vez a oriente (China, Mongolia, India, Nepal, Tailandia) y se enamora de la gente y su cultura, se enamora de la vida del viajero, sobrevive con algunos trabajos poco exigentes que consigue por hablar inglés, además su padre le manda plata cada tanto, y todo anda bien hasta que se cansa de la vida del viajero, de la ropa húmeda y del *where are you from?*, quiere tener su casa propia, un jardín y una biblioteca, un ropero con perchas y vestidos floreados, entonces vuelve a Argentina, primero a Córdoba y luego a Buenos Aires, y no pasa mucho tiempo antes de darse cuenta de que no puede volver a vivir así, como vive su familia y sus amigas del colegio, y tampoco tiene la fuerza para volver a ponerse la mochila al hombro, no puede vivir de una manera ni de la otra y su problema parece no tener solución, su madre le dice que siempre fue demasiado libre, hasta que llega el verano y decide buscar un punto intermedio, y por recomendación de una amiga se muda a Garopaba, en el sur de Brasil, donde trabaja de moza y de vendedora y luego de unos meses consigue hacer realidad el plan de negocios que venía pensando hacía tiempo: importar telas y vestidos a través de un comerciante que había conocido en Singapur y venderlas diez veces más caras de lo que las había pagado, y al principio el plan funciona: empezó vendiendo en la feria y después puso su propia tienda en la calle principal, las telas eran coloridas y alegres y eran el tipo de producto que los turistas querían asociar a sus vacaciones en la playa, y en vida personal también se acomodó, tenía sus amigas y sus clases de yoga, un novio tres años más joven que

era diseñador gráfico y trabajaba en el cyber de su padre pero que se la cogía bien, una casa con huerta y un terrier. Además, el constante flujo de turistas le recreaba una discreta sensación de viaje. Las cosas parecían encarriladas hasta que todos en Brasil empezaron a hablar de crisis y al mismo tiempo la cadena de supermercados más grande de la zona importó unas telas muy parecidas a las suyas y las empezó a vender a mitad de precio. Para el verano siguiente estaba fuera del negocio. No pudo pagar el alquiler del local y tuvo que exhibir y vender las telas que le quedaban en el patio de entrada del cyber, un espacio que su suegro accedió a cederle a cambio de que se ocupara de la fotocopiadora cuatro horas al día.

En ese momento, cuando mencionó a la fotocopiadora (usó la palabra Xerox, que es como le dicen en Brasil cualquier fotocopiadora) la muchacha hizo un alto en su relato, respiró hondo, cerró los ojos y se agarró la panza con las dos manos. Los párpados le temblaron. Le pregunté si estaba teniendo contracciones y me dijo que no. Se aferró a mi antebrazo y de alguna manera entendí que lo que la estaba estremeciendo no pasaba en su vientre sino en su cabeza, en un espacio de su cabeza entre el cerebro y la parte interna de los párpados. De a poco fue normalizando su respiración y cuando soltó mi antebrazo, me miró a los ojos y me hizo una pregunta.

—¿Vos creés en las energías?

—¿En las energías?

Agarró mi mano derecha, la pasó por debajo del sacón de lana y apoyó la palma extendida contra su panza. Quedé tocando la parte baja, hacia la izquierda. Si su panza fuera un globo terráqueo, pensé, estaría apoyando la mano sobre África, el centro de mi palma sobre el centro de África y las puntas de los dedos hundidas apenas el Océano Índico. Aunque había una o dos prendas entre mi mano y su piel, pude sentir el relieve del ombligo con el pulgar. Se le debe haber saltado hacia fuera

como le pasa a veces a las embarazadas. Podría comprobarlo si siguiera su relieve con la yema del pulgar, pero puede tomarlo mal, como una caricia inapropiada.

Ella no volvió a hablar de energías pero apoyó su mano sobre la mía como si estuviera tapando el derrame de una herida y me contó que a veces, ahora, cuando cierra los ojos, se le aparece la fotocopidora, el zumbido del motor seguido de la luz intermitente de la copia, una luz amarilla, radiante, que avanza y atraviesa su cuerpo y el de su hijo, y quiso decir algo más pero se le quebró la voz y se quedó en silencio, con la mirada vacía y hacia adelante.

Cerré los ojos y traté de ver los rayos de la copia, y las luces altas y blancas de un camión, y por un segundo pude imaginar el choque, el sonido del metal contra el metal, y sin darme cuenta empecé a mover los dedos de mi mano, apenas, hacia delante y hacia atrás sobre el globo tirante de la panza, y empecé a tararear una canción que dice duerme pequeño muy seguro estás aquí, cierra los ojos y serás feliz, una canción de cuna que mi mujer le canta a mi hijo con una voz mucho más hermosa de la que usa para hablar.

Con esa voz de arrullo nos dormimos, primero ella y después yo. Y en el sueño o semisueño pasó por mi cabeza una larga serie de imágenes y movimientos: el desenlace de una carrera intercolegial de mil quinientos metros en la que llegué tercero; un acuerdo con la cordobesa: nos traían las bandejas de comida y ella le sacó el jamón a su sándwich y se lo puso al mío, sin consultarme, como si fuera parte de una rutina alimenticia que practicábamos hacía años; una colección de sombreros ingleses que mi padre atesoraba en su ropero: mi hermana y yo nos preguntábamos por qué no los apilaba como todo el mundo, por qué colgaban de las barras como murciélagos, como si cada sombrero fuera un oscuro

príncipe que no se podía rozar con el de al lado; una chica y un chico con los que pasamos una tarde en la playa de Naufragados, podían ser novios o hermanos, los dos hermosos como supermodelos, también sabían tocar la guitarra y cantar, y su mera presencia —ella me pidió una rebanada de mango y me llamó por mi nombre— producía al mismo tiempo una sensación de deslumbramiento y angustia; mi mujer y yo al borde de una laguna, tenemos el agua por las rodillas e intentamos pescar, ya no es divertido, me dice, ya no es divertido, y mientras sostengo la caña fijo la mirada en la boyita verde y pienso en la noche, hace un par de años, en que encontré esos mensajes en su Facebook: lo más raro es que no sentí la furia que uno podría esperar, pensé que podía ser por motivos prácticos, una cagada suya legitimaba las mías, pero no era solo eso, había una razón más pura y trágica, y es que en el fondo yo sentía que ella se merecía algo así, un encuentro nuevo, eléctrico, no poder despegarse, transar como pendejos, toda la noche, revolverse las tripas, todos lo merecemos, y yo te quiero, nena, te quiero más que a mi vida.

Todo esto pasó en el sueño o semisueño y cuando despierto ya es de día y no hay rastro de la cordobesa. No está en su asiento ni en ningún otro lado y tampoco está su bolso de cuero. Mi mujer y mi hijo están despiertos y me siento con ellos. Mi mujer dice que ya pasamos la frontera. Mi hijo me dice: marmota, dormís como una marmota, marmota. Mi mujer sonríe pero se le ve la tristeza detrás del gesto. Nos tomamos de la mano como venimos haciendo en estos últimos meses. Y los abrazos, por suerte está nuestro hijo en el medio porque si no nos daríamos uno de esos abrazos.

Sin embargo recibimos dos buenas noticias que sin dudas van a ayudar a que el viaje termine como

corresponde. El azafato está repartiendo el desayuno, y esas bandejas con comida y jugos, por míseras que sean, siempre me resultan una bendición. Parece haber olvidado nuestro altercado de anoche porque me sonrío como al resto y le da una bandeja propia a mi hijo por más que podría no hacerlo. Y apenas el azafato termina su recorrido, se encienden las pantallas digitales y aparece el castillo de Disney y el nombre de Kevin Costner y una larga lista de nombres hispanos que seguramente corresponden a los estudiantes mexicanos que Kevin Costner va a entrenar hasta convertirlos en los mejores atletas del país. Ese es Kevin, le digo a mi hijo y lo subo sobre mi falda. Ahora puedo ver —se me había pasado anoche— la leyenda que anuncia que la historia está basada en hechos reales. Con un poco de suerte, le digo a mi hijo, van a mostrar a los verdaderos protagonistas al final, mientras pasan los créditos van mostrar al verdadero Kevin Costner, a su familia, y a los mexicanos, o al menos a ese mexicano que dentro de unos minutos atravesará el desierto a las corridas, levantando polvo a cada pisada, a una velocidad casi sobrenatural.